

APÉNDICE D (1)

LA GÉNESIS DE LA SOCIABILIDAD

El Profesor Tawney, de *Beloit College*, en un estudio sobre mi obra *Mental Development*, inserto en el *International Journal of Ethics*, Julio 1897, páginas 520 y siguientes, indica cual es, á su juicio, la derivación de la sociabilidad en la conciencia animal, en el supuesto de que admitamos solo la tendencia á la reacción «circular» ó «imitativa» en los seres que viven afectivamente juntos. «Imaginémonos, dice, dos organismos primitivos, A y B, que existen cerca uno de otro; A, se aproxima á un objeto hostil X, con el cual B ha tenido que ver alguna vez. En cuanto X se aproxima á A, revive en B un recuerdo de su propia experiencia pasada con él. Hay un revivir del dolor, de la cólera y de los movimientos de huida de parte de B. (Estos movimientos serán esencialmente los mismos que los de A) (2). Supongamos que la huida no basta para separar á B de la vista de X, que se acerca y ataca á A, de suerte que ningún movimiento acaba con la ex-

(1) Se omiten los Apéndices A, B y C en esta edición, por estar incluidos los asuntos de que tratan en la otra obra *Development and Evolution*, en prensa. La indicación de los apéndices restantes se deja como en las ediciones anteriores.

(2) Adición del autor.

perencia reviva en B. La excitación, que implica descargas de intensidad creciente, da origen á variaciones de movimientos, y en todo momento los movimientos de A ofrecen copias de las reacciones de B. La ley de la imitación implica que la conducta de B en tales circunstancias se parece en último término á la de A. Supongamos que juntos acaban por derribar á X y que juntos gozan el sentimiento del éxito, esto es, del placer subsiguiente. He ahí un modelo de conducta cooperativa que sirve para la imitación futura. Quizás tales modelos sean con el tiempo cada vez más numerosos, y se conviertan por tradición en hábito social.»

A mi juicio, este ejemplo ofrece supuestos ciertos, y con algunas diferencias de detalle acepto la explicación del profesor Tawney. Añadiré—con relación á la sociabilidad irreflexiva de los animales—que si A y B viven juntos y reobran imitativamente las experiencias comunes, ahí está lo que produce en sí la sociabilidad. Porque 1) B viendo á A obrar como él ante X, ha recordado el sistema sencillo, sin embargo, de su propia acción anterior reobrando imitativamente. Tal es precisamente la reacción objetiva de la simpatía que se convierte en subjetiva, que difiere de la experiencia real de la misma especie, en tanto que B distingue entre este caso y aquel en el cual fué atacado por X; 2) La identidad actual de la conducta, ya sea producida como antes por la idea que B tiene de la acción de A, ya sea directamente por la misma experiencia de X en A y B, produce resultados en cierto modo cooperativos. Esto basta, creo yo, para la aparición de la selección natural que sobre esta base produce «colonias» de seres semejantes. Pero en tales casos sería arbitrario suponer que no queda en la conciencia de B ningún recuerdo de las luchas, de los gritos, de los esfuerzos de A, como parte del modelo—sistema para la acción futura. Si tales elementos entran en su sistema—memoria, bastará en el porvenir ofrecerle de nuevo el modelo imitativo necesario para que entre efectivamente en una cooperación semejante. Sería este un gran beneficio en las facilidades efectivas de la acción unida que de-

bería persistir en la lucha por la existencia; 3) Siempre que se presente la situación indicada por Adam Smith—es decir, aquella donde se ve á la vez al agresor y á la víctima reclamar respectivamente la simpatía del espectador B,—el sér cuya forma, movimientos, posturas, gritos, etc., son análogas á las de B, será el único que pueda suscitar la cooperación de B; es, por tanto, el animal de la misma especie. Por tanto, la simpatía subjetiva será primeramente una «conciencia de la especie», y las reacciones objetivas serán las indicaciones de la «especie».

He aquí por qué sostengo que entranando la vida real colectiva de los seres tendencias á la reacción circular é imitativa, conduce inevitablemente á la simpatía, á la cooperación, á la sociabilidad del género de aquella que se encuentra en los animales independientemente de sus instintos consolidados (1), siendo efectivamente transmitida por tradición (2). Además, en todo tiempo, la especie acumula variaciones con el auxilio de la selección orgánica, y de esta suerte las cooperaciones especiales adquieren gradualmente las formas instintivas que se encuentran en las «compañías» de animales gregarios.

En el hombre que llega á organizar la experiencia en la forma de un yo, la «dialéctica del desarrollo personal» pro-

(1) La necesidad biológica de una plena organización del instinto sexual en un período muy primitivo hace inverosímil que esté ahí el germen de la tendencia social en el sentido de que en la sociabilidad sexual aprenda el animal la tolerancia y la cooperación. Los hechos recogidos por Topinard ya citados (Sec. 139, nota) muestran las diferencias más importantes entre la vida de familia que nace de las necesidades sexuales, y la sociabilidad general. Sin embargo, es preciso distinguir entre la sociabilidad sexual en general y la forma más restringida y más exclusiva que se encuentra en la vida de familia. Es lo que Topinard reconoce cuando dice que los animales polígamos son más «sociales» que los monógamos (*The Monist*, Enero 1897, pág. 250).

(2) Darwin advierte que luego que ciertos individuos han alcanzado un cierto grado de cooperación, la imitación lo amplía y conserva. (*Descendencia del hombre*, 1, pág. 157-159.)

duce la distinción entre el *ego* y el *alter*, y la sociabilidad reflexiva sustituye á las formas espontáneas é instintivas. Como el Dr. Tawney dice en el mismo lugar: «el sentido de la subjetividad se desenvuelve como el reflejo de los hábitos establecidos de cooperación y organización social anteriormente formados; la conciencia social es el sentido del yo en relación con otros yo».

El atributo de «publicidad» (1), que tiene su génesis en la florecencia social de la «dialéctica del desarrollo personal», está indicado también tan claramente por el Dr. Tawney en el mismo sitio, que puedo citarlo sin hacer las advertencias que exigirían los desenvolvimientos de las páginas anteriores como base de la fórmula que me atribuye. Dice: «La ley de Kant: obra siempre de modo que la regla de tu conducta pueda elevarse «á ley universal», se convierte para el individuo, hablando subjetivamente, en ésta: «*Obra siempre de modo que todos los miembros del grupo social á que perteneces, es decir, todos los demás yo, puedan conocer tu conducta sin dolor para tí*» (2).»

(1) Secs. 198 y sigts. y 324 y siguientes.

(2) El lector puede ahora consultar el desenvolvimiento de Jones *Sociality and Sympathy, Psych., Rev. Mon. Sup. N. XIX, 1902.*

APÉNDICE E

EL SENTIDO PERSONAL Y EL SOCIAL (1)

Significados diversos de la palabra Yo: la Realidad del Yo.
F. H. Bradley, cap. IX-X de la obra *Apariencia y Realidad*, Londres, Swan Sonnenschein y C.; Nueva York, Macmillan Comp., 1893.

M. Bradley distingue ocho sentidos de la palabra «Yo». Los critica todos con el resultado siguiente: En parte alguna hay contenido de conciencia que lógica y constantemente se llame «Yo». Hay el yo antropológico, el haz de estados presentes de Hume—que cambia, naturalmente. Hay el yo organizado, que procede de los materiales siempre nuevos de la organización. Hay el yo cuasi-permanente de la memoria y de la identidad personal; ¿pero qué es lo permanente? Hay el yo que siente sujeto á los contrastes, á los flujos, á las relatividades del sentimiento, etc. El proceso actual de reflexión del yo ha sido descrito por M. Bradley en un análisis profundamente agudo y de una verdad evidente que señalará, á mi juicio, una etapa en la historia de este enigma, llamado «el sujeto racional». Describe el juego perpetuo de los elementos contenidos en el yo, unos con otros, en sus relaciones de sujeto y objeto. En un momento un cierto arco en la trayectoria de la conciencia desempeña el papel de yo frente otro arco que toma por objeto. En otro momento, la sec-

(1) De *The Psych. Rev.*, Nov., 1894.

ción del yo se difunde alrededor, por decirlo así. Pero por lejos que los sigáis es siempre parte de la trayectoria, parte del contenido—el yo; y el objeto es otra parte. Y la unidad que contiene el todo, es la única unidad que existe. Es una unidad de sentimiento. Estimo que este juego del yo está muy exactamente descrito; sea cual fuere la manera de reflexionar sobre el yo, se encuentra un contenido—que pretende en aquel momento ser el sujeto—oponiéndose á otro contenido y llamándole «mí»; y precisamente cuando se trata de ver lo que es ese contenido sujeto, es cuando eso se produce; lo que indica que ese contenido se ha puesto en lugar del contenido objeto, y así ya no es yo, sino mí. Y constantemente hay un sentimiento del juego entero y del fondo que sustenta al yo y le comprende en una especie de unidad con el mí.

El mismo análisis sirve también, dice Bradley, para el yo «activo»—el yo de la volición y del deseo. Parece posible volverse hacia un elemento en el yo que desea, y ver que lo que desea es diferente; esto es tratarlo como un no yo hacia el cual va la acción del yo que desea. Esto conduce á la sutil deducción del sentido de la auto-actividad, que parece debida al cambio en el contenido. Por ejemplo, el que desea encuentra en su objeto nuevos elementos susceptibles de ser incluidos en él, y por su expansión para apropiarse esos elementos, se opone á sus elementos anteriores, transformándolos así en elementos objetivos. Esta expansión, gracias á los nuevos elementos, que hacen que los elementos constantes del yo estén presentes, se siente como actividad del yo. Aun en el caso de que los elementos adquiridos no sean el objeto de un deseo explícito, la actividad del yo se siente. Esto se debe, según Bradley, á la presencia implícita de esos elementos ya en el contenido original del yo, pero de tal manera, que el contenido total resulta inhibido por los elementos explícitos. La relajación de esta inhibición se siente como actividad del yo.

Es evidente que esta deducción es susceptible de una

construcción Herbartiana ó Wundtiana (véase luego una noticia sobre el trabajo de Mackensie); porque supone con Herbart y Wundt una auto-actividad consciente detrás del deseo explícito. No estoy conforme con este supuesto. Nada demuestra realmente la existencia de tal género de auto-actividad. La conciencia, por el contrario, muestra un alejamiento muy claro del contenido del yo, respecto de los dos elementos del cambio de contenido que se produce en un «mí», que no es objeto del deseo. Nótese el caso de la atención involuntaria, y el de los cambios producidos en el yo por la sugestión hipnótica: no hay sentimiento de la actividad del yo (1), ni tampoco el progreso de una serie de ideas puramente objetivas. Y aun en el caso del impulso ciego, hay un sentimiento de «huída» en el mecanismo, de falta de yo implícito que se debe, no á la presencia implícita de elementos presentes explícitamente en el deseo, sino á la debilidad de otro contenido explícitamente deseado. Este último contenido se inhibe y domina, y lo no deseado toma su puesto á causa del *resultado inverso* de un proceso idéntico al del deseo explícito. M. Bradley estima necesario algún elemento cuya realización se busca; pero al decir que después de todo puede estar implícito, parece que su análisis trata de explicar un mito. La idea que se supone implícita es realmente una parte del antiguo contenido sentido; de otro modo, hay un mero cambio—no actividad—en el cual el contenido sentido se mantiene victorioso frente al contenido ideal; de ahí el sentimiento de imperfección, de relativa irresponsabilidad en tales actividades, como cuando digo «yo no consentiré», y consiento. Empleando símbolos, parece que solo hay una pequeña diferencia entre las ideas de M. Bradley y las mías. Pero de hecho encuentra la auto-actividad sentida en lo que no es deseado; y yo encuentro más bien la actividad, en general, no la del yo proviniendo de lo que impide la realización de lo

(1) Cons. mi obra sobre *Feeling and Will*, cap. XII, § 3-6.

que se desea. Lo que entraña una diferencia en los casos concretos que actualmente estudia la Psicología (1).

Este análisis de la actividad del yo—ó cualquier otro que proceda de lo que M. Bradley llama «el fin en el principio»—tiene mucha importancia con relación á la doctrina del desenvolvimiento imitativo elaborada por autores recientes. El objeto del deseo, explícito ó convertido en implícito por el hábito, se propone como debiendo realizarse. Lo que yo he llamado un «modelo para la imitación» en mi teoría, exige una imitación análoga á la volición (2). Parece, pues, que esta ciudadela del acto puro, esta fuente de originalidad y de auto-determinación absoluta, es susceptible de una construcción natural. Las aplicaciones pedagógicas son muy importantes. Porque se habla tanto en nuestros días de la auto-actividad como fin de la educación—y está bien—que conviene mostrar que después de todo por imitación es como el proceso de la enseñanza debe producirse para hacer al alumno capaz de invención.

El otro capítulo de Bradley—*La Realidad del yo*—tiene á demostrar que en un yo que así cambia, construido con un contenido que cambia, no podemos ver una realidad. Es sólo apariencia. Pero esto entraña doctrinas de la realidad,

(1) Deben añadirse á las críticas de la idea de M. Bradley, las siguientes indicaciones que él ha hecho en la segunda edición (pág. 607), y que muestran que estamos más de acuerdo de lo que suponía. «Pero lo que no es claro, es lo que ponen bien de manifiesto las críticas de M. Stout y algunas advertencias hechas por el Prof. Baldwin en la *Psychol. Rev.*, vol. 1, n. 6. La relación del sentimiento, de la actividad y del deseo, y la posibilidad de las independencias, de la prioridad del uno sobre el otro, es para mí una cuestión muy difícil, pero á mi juicio de escasa importancia. Espero que MM. Stout y Baldwin reconocerán que lo que me ha faltado es puramente la expresión, y que nuestras divergencias no son tan acentuadas como aparece á primera vista. Cuanto á la ausencia completa del sentimiento de actividad del yo en ciertos estados de conciencia, puedo añadir que estoy plena y enteramente de acuerdo con el Prof. Baldwin». Al lector le basta con referirse á la nueva exposición de M. Bradley.

(2) V. también el artículo de Royce citado luego.

de la apariencia, del cambio, etc., harto importantes para que las tratemos aquí.

La Idea del Yo de M. Bradley. J. S. Mackensie. *Mind*. N. S., III, Julio, 1894, pág. 304-335.

M. Mackensie da un resumen del capítulo sobre el yo del libro de M. Bradley y critica ciertas omisiones. Clasifica los diferentes significados del yo de Bradley bajo cuatro epígrafes—el «biológico», el «psicológico», el «senciente» y el «patológico»—y pide que se añadan otras dos formas del «yo», que llama el «epistemológico» y el «ontológico» ó «ideal». El yo epistemológico ó transcendental es la forma de proceso mental, el foco en el cual la variedad de la experiencia se unifica en el pensamiento. Es el *ego* del Cogito sin materia de contenido. Evitando así la reducción hecha por Bradley, de diferentes yo á construcciones particulares de contenido. En términos psicológicos, supongo que este yo es la función de apercepción, considerada como el principio unificador del pensamiento. El otro yo añadido por Mackensie, es el «ontológico»; el principio formal de unidad, pero considerado ahora como la unidad de la realidad ó del sistema completo—la unidad ideal de «lo inteligible completamente por lo plenamente inteligente». Puntos estos familiares á los lectores de Caird.

Estimo que, en lo que se refiere á los hechos, no es aceptable la crítica de Bradley. La cuestión estriba en saber cómo la «forma» llega á la conciencia. Si no es como contenido, no es de ningún modo. Pero si no es así, es el objeto mismo de la construcción mental. Porque, ¿cómo podemos hablar de «experiencia cuando el pensamiento tiene la forma de unidad», sino mediante el juicio que ha de buscar el contenido consciente para su materia? Así, el «*ego* transcendental» se convierte en el noumeno kantiano, ó se reduce al yo que siente de Bradley; esto es, se trata del contenido sentido ó de la materia del que siente, además del contenido presentado del cual se siente que es la forma. Desde este punto de vista

pierde la mayor parte de su misterio y puede ser tratado por el mismo procedimiento de historia natural que los demás hechos de conciencia. El yo «ontológico» ó «ideal» está expuesto á la misma crítica. Si no hay *ego* real descubierto en el *Cogito*, fuera de la forma sentida del *cognitum*, no tenemos fundamento alguno para un *ego* ideal descubierto en un *Cogito* ideal fuera de *lo que sentimos* la forma del *cognitum* ideal si fuésemos capaces de aprenderla. Presupuesta la realidad absoluta, el *ego* ideal sería un *ego* que siente absoluto—un *ego* que siente su propio contenido perfecto.

Ignoro si M. Bradley aceptaría este argumento sencillo como conclusión cercana á la suya. Ciertamente, es mucho más breve. Y seguro estoy de que M. Mackenzie y su maestro dirían: «ni una palabra sobre la «razón»—que es un «nivel más alto» que el intelecto». Pero entre los puntos dejados por el idealismo corriente á la prueba del análisis psicológico de M. Bradley, éste es el más interesante. Creo que la razón es sentimiento, y sus ideales son sentimiento. El empuje del hábito y de la emoción en su movimiento más allá de las construcciones del intelecto que presupone. Tal es la historia de la naturaleza y de la razón. El gran servicio que nos ha prestado Bradley es haber mostrado que la realidad es tan realidad cuando se la siente como cuando se la juzga. Puede ser mayor aún cuando se pese con exactitud el pro y el contra de la relación del sentimiento y del pensamiento.

El Mundo Exterior y la Conciencia Social. Jasiah Royce. *Phi. Rev.*, III, págs. 513-545, Septiembre, 1894.

La tesis sostenida por el profesor Royce en este interesante trabajo es la siguiente: «la comunidad social es la diferencial de nuestro mundo exterior... Un niño jamás tiene fe en nuestro mundo objetivo presente hasta haber adquirido su conciencia social». Los argumentos presentados por el autor en apoyo de esta tesis son de dos clases. Muestra en primer término que las pruebas ó criterios, ordinariamente llamados de exterioridad, no son válidos ni suficientes, por-

que prescinden de la cualidad de *definición*. Todas las cosas que se consideran externas están definidas en cuanto al espacio, dimensiones, número y movimiento. Pero lo que entendemos realmente por definido es analizado, *comunicable* á los demás: lo que yo no puedo expresar á un semejante y aprobar con él—no es externo, sino interno. La noción de lo exterior, pues, procede del sentido de las relaciones sociales ó de la comunidad. Prescindiendo de la cuestión de la prueba, llamamos la atención sobre la indicación aguda del profesor Royce acerca de la tesis de Renouvier: «Todo lo que es, debe ser determinado», y sobre el uso que hace del sentimiento del movimiento indefinido en las imágenes recurrentes, señalado por Fleischl. Tenemos ahí, á mi juicio, una aportación muy interesante y original á la teoría de lo exterior. Falta, sin embargo, una crítica detallada de los criterios ordinariamente desiguales, esto es, de la resistencia, de la regularidad, lo involuntario, etc., etc., del mundo exterior. No me considero, por ejemplo, apartado de la teoría que he expuesto anteriormente sobre el «coeficiente de la realidad exterior» (1), aun en el supuesto de que la aplicación dada por el Prof. Royce de la conciencia social toda fuese demostrada. Esto es lo que resulta de la crítica general antes expuesta.

En la segunda parte de este artículo, el autor da un resumen de su teoría sobre la aparición de la conciencia social, fundada sobre la imitación, teoría con la cual está el que escribe sustancialmente conforme. La esencia de la teoría consiste en que el niño recibe los materiales para el sentido de la personalidad de las personas que le rodean y á las que imita. Así su sentido creciente del yo sigue constantemente su sentido creciente de los demás. Esta conclusión presenta este argumento adicional, de que por relaciones de este género es como la antítesis entre el yo y lo exterior se descubre y se

(1) *Manual de Psicología*, II, cap. VII, §§ 4, 5.

hace posible la vida común en la cual el mundo exterior encuentra sus diferenciales.

La única crítica que me atrevo á hacer sobre este artículo—tan interesante por su estilo como sustancial por su contenido,—es que prescinde del punto de vista filogenético y de las consideraciones sacadas de la historia de la raza. Estimo que el elemento de la sugestión social marca el puesto que para él reserva el Profesor Royce; pero no se sigue, sin embargo, que con él el niño no tendría la noción de lo exterior. No diré que el niño no llegaría á una noción del yo sin la imitación de los demás que tan fuertemente afirmamos. Los impulsos hereditarios de la acción nerviosa y mental ¿no darán al niño aislado una demostración suficiente del mundo exterior y del yo? Decir: «sí, pero no la misma que tiene ahora», es decir solo que el elemento social es una adición. Y lo es ciertamente; pero, ¿no hay momento esencial de lo exterior que debe ser ó no ser para el niño?

Pienso que sí; algo en la estructura del sistema nervioso desenvuelto. La vista del espacio puede dar la exterioridad de los objetos presentados; nunca la idea del no yo, naturalmente, sino una simple lejanía *definida*. Es precisamente lo que se ve en la proyección nerviosa de los estímulos á la periferia. Las pequeñas polluelas parecen tener un sentido bastante *definido* de lo exterior, sin comunicarse con las demás ni con la gallina. Ese sentido de la proyección precede á la esencia de la existencia exterior frente á la interna,—aunque la antítesis no aparezca sino más tarde y gracias al desenvolvimiento social,—y puede ocurrir que los elementos de la sugestión personal que el niño imita los posea ya (1). Creo que se puede demostrar. Sobre esta base es como reconozco, en mi «coeficiente de la realidad exterior», un elemento que cons-

(1) Cons. la sec. sobre la «Sugestión personal», en mi obra *Mental Devel.*, y cap. VI, § 2 anterior, donde se ha sentado que el niño de un año presenta un período de timidez «orgánica»—demostrando una reacción nerviosa especial en presencia de las *personas*.

tituye *esta especie de objetividad*, y como hago del estado «objetivo» el primero en el conocimiento del niño de otras personas.

Una especulación interesante resultaría si el Profesor Royce aplicase el criterio social á la esfera psicológica; aplicándolo, por ejemplo, á la comunidad cuasi social de los diferentes sentidos,—prueba de la exterioridad sobre la cual se ha insistido muchas veces. Y yo le habría preguntado cómo es que un solo sentido nos afirma tan enérgicamente lo exterior, frente á todo el testimonio de todos los sentidos y el social, que en algún modo tenemos que mentir para nosotros mismos si queremos evitar la adhesión de nuestra fe. Si es porque la función de ese sentido forma parte de las convenciones habituales y de las creencias anteriores, que están por sí mismas garantidas, será un ejemplo de lo que pasa con cada organismo como un todo con referencia á los demás organismos.